

LOS ESTUDIOS MÉDICOS EN ESPAÑA

NO hace mucho me preguntaba una excelsa personalidad por qué los médicos españoles salían tan mal preparados de nuestras Facultades. Ciertamente, del sinnúmero de estudiantes que, sin selección previa, son instruidos en nuestras Facultades, hay un 50 por 100 que salen mal preparados para la profesión. Pero no cabe duda que el nivel medio de los profesionales de ahora es más capaz que el de hace treinta años. Y la ventaja es aún mayor en los alumnos distinguidos. Hay que recordar que llevamos doce años de agitación nacional, que dificulta aun la simple instrucción de los alumnos y que llevamos muchos años en que, sistemáticamente, se ha querido prescindir de la educación en la Universidad o, mejor dicho, se ha procurado una sistemática corrupción de la juventud; aún se oye como el eco de aquella conferencia que dió en la Residencia de Estudiantes un conspicuo especialista incitando a los jóvenes a la rebelión. Bastaría, pues, con la normalización de la vida escolar para notar en seguida un auge de la formación profesional y científica, aun sin modificar los estudios ni hacer grandes dispendios.

De todos modos, hay ciertas lacras de la enseñanza que conviene desterrar, si queremos que nuestra Patria llegue a ocupar el rango que la Historia le marca.

Y, en primer lugar, hemos de procurar eficazmente que la Universidad sea, como decía Gemelli, lugar de *educación* ante todo. De educación integral; que no se limite a *instruir*, almacenando conocimientos, sino que desarrolle las facultades cognoscitivas; que no se limite a lo intelectual, sino que atienda también a lo moral, a lo cívico, a lo físico. Y aun cuando, por fortuna, la organización de los jóvenes universitarios atiende a lo cívico y a lo físico, queda todavía un gran campo de acción en lo moral, que requiere la restauración, a la moderna, de los antiguos colegios mayores, que tan excelentes resultados dieron y aun dan en el único vestigio que de ellos queda: el Colegio del Beato Juan de Ribera, en Burjasot.

Mas, viniendo a lo específicamente médico, también hay que corregir otro defecto, nacido del positivismo materialista, que inspiró nuestras Facultades, y es la tendencia analista y disgregadora de la enseñanza, que perdía de vista el *todo* del ser vivo, la *individualidad* o indivisibilidad del

mismo. El mecanismo había trascendido a la vida intrauniversitaria, hasta el punto de que cada Catedrático explicaba lo suyo, lo suyo personal, sin cuidarse de los demás ni de lo demás. Cada cátedra era un reino de Tañ-fas y cada Catedrático un reyezuelo que no reconocía soberano. Por eso, a la enseñanza faltaba ese sentido sintético, armonizador; la anatomía era una anatomía estática, sin orientación fisiológica; la fisiología, una fisiología de laboratorio, sin orientación higiénico-clínica; las especialidades, simples parcelas patológicas, sin conexión con la total patología. Ha faltado vida académica corporativa, la *conversación* académica, que ponga en mutua relación académica y científica a los Catedráticos de las distintas asignaturas, de la cual, forzosamente, habría de seguirse un mutuo modelamiento y estímulo y una visible armonía en sus explicaciones en cátedra y en sus trabajos científicos. Acaso haya contribuido a esta falta de vida académica intrauniversitaria la persistencia de las Reales Academias, que, nacidas por el *horror de la naturaleza al vacío*, tuvieron su razón de ser en tiempos de Carlos III; pero no parece conveniente que sigan viviendo al margen de la Universidad. Las Reales Academias rendirían más si fuesen Academias de Facultad, que admitiesen en su seno a los no universitarios, que al revés, como ahora son.

Reunir a los Catedráticos en una común labor intelectual, como la que se hace en las Academias, es necesario para evitar la disgregación científica y docente. Y lo mismo es necesario reunir a los docentes e investigadores, las clínicas y los grandes laboratorios, si queremos que los hospitales atiendan a sus enfermos no sólo desde el punto de vista profesional y social (como es necesario), sino también desde el punto de vista científico. Por eso, parece conveniente que el Instituto Cajal, por ejemplo, esté conectado íntima y eficazmente con la Facultad y aun en su mismo edificio. Porque hay muchos problemas clínicos y patológicos que requieren, para su solución, la colaboración del investigador, y ésta se dificulta con la distancia y con los trámites.

La especialización *acantonada* es un grave obstáculo para el progreso de la ciencia. En cambio, la especialización *docente* es una gran ventaja. No hay más que mirar la historia reciente, para ver los magníficos resultados de la *exclusiva dedicación docente* en la vida de las Universidades americanas. Bastó introducirla en la Escuela de Medicina de John Hopkins, para que no solamente ella se hiciese célebre, sino que sus discípulos tomaran gran parte en la fundación y desarrollo del Rockefeller Institute for Medical Research. El mismo «full-time Plan» fué después establecido en Yale, Rochester, Iowa, Cornell, Columbia y otras, con parecidos resultados. Lo que para las antiguas Universidades representó el Colegio Mayor, eso es para las modernas el *full-time*; por cierto, también practicado en aquéllas. Verdad es que se alega en contra que la práctica privada es distinta que la hospitalaria y es como un complemento de ésta; que el Estado

no puede con tal gasto, etc. Pero, aun dejando a los Catedráticos en su actual situación, por ahora, lo que sí es urgente y sería muy beneficioso es implantar el *full-time* en los auxiliares y ayudantes, aun a costa de disminuir su número. Preferible, por todos conceptos, es un ayudante *full-time* a dos de los actuales. Y lo mismo puede decirse de los auxiliares.

Porque hay que distinguir entre los médicos que acuden a la Facultad para completar sus estudios profesionales, los cuales reciben un beneficio, que deben costearse o que puede dárseles gratis si no tienen recursos económicos, y los ayudantes, que vienen a *cooperar a la enseñanza* y que ya deben venir preparados para ello mediante el doctorado. Estos, individuos ya seleccionados y con vocación docente, de los cuales se ha de reclutar los Auxiliares y Catedráticos, individuos que piensan dedicar su vida al servicio de la Sociedad y del Estado, deben ser retribuidos con largueza, para que puedan dedicar toda su atención y todas sus energías a una función de tanta trascendencia social como la enseñanza y la investigación. De no hacerlo así, seguirá sucediendo lo que sucede actualmente: que sólo piensan en colocarse donde obtengan medios de vida suficientes y en alejarse de la Universidad. Con lo cual, la Universidad pierde los más valiosos elementos y nunca cuenta con colaboradores debidamente dotados y educados. Que los Catedráticos cuenten con la cooperación de Ayudantes competentes es condición esencial para que puedan desplegar toda su actividad docente e investigadora. Además, el verse rodeado de individuos inteligentes, estudiosos y activos constituirá para el Catedrático un estímulo tan poderoso, que le obligará a conceder a la cátedra una atención y un tiempo que tendrá que sustraer al ejercicio profesional y equivaldrá a un *full-time* efectivo. Si el Estado se resolviese a implantar esta reforma, habría dado un paso definitivo, tanto en la inmediata mejora de la enseñanza, como en la selección del futuro profesorado. Más eficaz que la mejora del material científico sería mejorar el personal que ha de manejarlo.

Con la organización y unificación de las actividades académicas; con la selección, preparación específica o doctoral y la intensificación de la actividad de todos los docentes y, en especial, de los que comienzan y son el amanecer de la nueva España, la enseñanza médica entrará en la verdadera vía del progreso. La dotación de material, con tener una gran importancia, queda en segundo lugar, ante la necesidad ineludible de mejorar el *factor humano*. Con muy precarios recursos empezó Cajal su magna obra. Seleccionar los futuros Cajales, darles una preparación doctoral que desarrolle sus dotes congénitas, encauzarlos y retenerlos en una carrera docente plenamente vivida, coordinar las actividades de los claustales y estimularlos con debidos premios, esta es la primera y más importante manera de conseguir que los estudiantes de Medicina reciban una mejor formación: mejorando a los que han de formarlos. No es que niegue la ne-

cesidad de los instrumentos materiales; pero me acuerdo de aquella frase de Franklin: «No puede ser buen investigador el que no sepa martillar con la sierra y serrar con el martillo». Nuestro ilustre Manjón no comenzó con un edificio espléndido, ni con lujoso material escolar; empezó con una idea, que tomó de una pobre gitana, y con un corazón de apóstol. Escojamos, nosotros, jóvenes con vocación docente; cultivémoslos, como preciadas plantas, en la estufa del doctorado y las ayudantías, sin dejar que se nos escapen del recinto universitario, y a buen seguro que esos, con los mismos instrumentos que ahora nosotros manejamos, rendirán mucho más trabajo y de mejor calidad que el nuestro. Los dispendios que el Erario público haga con este fin serán sobradamente compensados por los intereses que rentará el capital invertido.

En resumen: si el Estado se preocupa de la educación del estudiante, aceptando y favoreciendo la iniciativa social para la creación de residencias de estudiantes y asistencia al estudiante forastero; si se acrecientan los medios materiales con la eficaz conexión de las Facultades con la Beneficencia y la Sanidad; si se atiende solícitamente a la selección y formación del futuro profesorado; si se coordina la actividad de los Catedráticos y de éstos y los Institutos especiales de investigación, los resultados no se harán esperar. Gracias a Dios, todo esto está en marcha; sólo falta destacar algunas reformas, dándoles jerarquía; evitar hacer con todas un cajón de sastre; animarlas todas con una idea directriz que, propulsando todas, distinga las predilectas de las dilectas.

F. ENRIQUEZ DE SALAMANCA